

Resumen de algunos conceptos psicoanalíticos

Lic. Graciela Fernández

Inconsciente en psicoanálisis no es un término descriptivo que podría referirse a la cualidad de las representaciones –fuera del campo de la conciencia-, no es sinónimo de subconsciente, sino que es un concepto que se refiere a un sistema, a otra legalidad distinta a la de la conciencia que nos determina. *Otra escena* en el sentido de otra estructura diferente en la cual el Yo no se reconoce ni domina, por eso es que el sujeto del que hablamos en psicoanálisis es un sujeto dividido, sujetado a estas leyes del Inc.

El Inconsciente no es lo irracional, ni significaciones moralmente condenables, como se podría creer en una versión vulgar, sino una lógica que organiza el discurso con dos operaciones específicas.

Hay una división entre sistemas *Preconsciente - Consciente e Inconsciente*, ambos son regulados por distintas operaciones. Las operaciones propias del Inc son el *desplazamiento* y la *condensación*. Estas se ejercen sobre la materialidad del lenguaje: podemos diferenciar dos aspectos del lenguaje: el de las palabras que circulan con ligazones relativamente estables, con significados más o menos cristalizados que instituyen significaciones compartidas –que es el que exige el pensamiento consciente- y otra dimensión que se refiere a una combinatoria de las palabras más allá del sentido en el que ninguna palabra quiere decir nada fijo –que es el del Inconsciente.

El Inconsciente es eso que habla en mí, eso que tiene efectos en mí más allá de mi Yo. Somos hablados por palabras y obedecemos a palabras que se inscriben más allá de su significado y de las que el Yo no puede dar cuenta ni es amo. Un buen ejemplo de esto lo encontramos en la tragedia de Edipo, quien parte a cumplir el oráculo con la ilusión yoica de ser amo y señor de sus actos sin saber que está siendo comandado por una frase oracular inscrita en él sin saber cuál es su verdadero significado y cuya sentencia cumple justamente por desconocer su sentido.

El Inconsciente es producido al hablar. Algo irrumpe como sorpresivo en el discurso intencional, cuando una expresión quiebra el sentido de lo que se venía escuchando, ya sea produciendo un sin sentido –como en muchos fallidos- o creando otro sentido distinto a las intenciones del Yo y donde éste no se reconoce. Eso que irrumpe es marca de la división del sujeto sujetado a esa combinatoria que no domina. Eso es lo que se escucha en cualquier formación del Inconsciente con valor de mensaje de otro lugar que no es el Yo y donde se articula el deseo Inconsciente.

La palabra *deseo* define un concepto fundamental en la teoría psicoanalítica, sin embargo en lo cotidiano la usamos para referirnos a los anhelos, pretensiones, aspiraciones, para cualquier apetencia en general.

Si partimos de esta acepción habitual del término encontramos varias características que hacen al concepto de *deseo*, en primer lugar lo que llamaremos la *procuración*: es otro el que debe proveer al sujeto el objeto de su deseo. También podemos notar que el deseo siempre circula por desvíos, rodeos, nunca hay una simple y directa dirección hacia un objeto: el deseo parece ser un recorrido laberíntico donde muchas veces se escabulle el objeto. Tal vez lo importante sea el trayecto en el cual el sujeto encuentra alguna satisfacción (pulsión).

Otra particularidad del deseo es que siempre sigue la dirección del deseo de otro para fijar su objeto. Esta es una de las razones por las que se sostiene que todo deseo es deseo de otro. Todo deseo está sostenido en una trama de deseos.

En todo deseo hay algo que falta: el objeto de deseo lo es porque no se lo tiene. Es por esto que toda prohibición resguarda el deseo.

Todas estas características confluyen en la concepción psicoanalítica del deseo inconsciente como movimiento de apetencia, como motor del aparato, el "capitalista" del sueño según Freud. Deseo que no se puede formular: falta, hueco que permite funcionar a la estructura.

Eso que siempre falta y se vela con una fantasía: escenificación imaginaria del objeto que la colmaría. Todo objeto de deseo es representante de la falta. El deseo inconsciente es incapaz de acceder a la conciencia porque no es expresable, si lo formulamos estamos en el nivel del anhelo, de lo que Lacan llama la demanda para diferenciarlo. El deseo inconsciente motor del aparato, es la fuerza impulsora que moviliza la energía psíquica.

El *complejo de Edipo* es un concepto fundamental del psicoanálisis que da marco a lo que ocurre en la práctica clínica. Es a partir de ésta que Freud lo va reformulando, por eso es imposible leerlo en un solo texto ya que está elaborado a lo largo de toda su obra.

Freud dice que el Edipo es el complejo nodular de las neurosis, más aún, es el nódulo de la estructuración de cualquier sujeto, si nos preguntamos cómo se constituye un sujeto, la respuesta va a transitar el recorrido edípico. El complejo de Edipo es el núcleo organizador de toda vida humana y en él, la pregunta por el enigma que el deseo plantea va encontrando distintas respuestas.

Los avatares edípicos van a determinar también la estructura sexual de un sujeto. La identidad sexual no va a estar determinada por la conformación de sus órganos sexuales, ni sus hormonas, en este sentido no va a ser un punto de partida sino un punto de llegada. Tanto la elección de objeto

como la fijación de la condición erótica –qué de un objeto despierta nuestro deseo- van a estar marcadas por lo edípico.

Pero ¿cuál es el concepto de *sexualidad* que sostiene el psicoanálisis? Lo cierto es que este concepto no se reduce a lo biológico, y deberíamos decir que lo subvierte, lo trastoca. Los actos considerados sexuales por la biología son todos los que tienen que ver con la unión de los genitales y la ejecución de un acto sexual, pero tomar como sexual sólo lo que tiene que ver con la reproducción es muy restringido. La ejecución de un acto sexual puede derivar parte de la satisfacción sexual, pero ésta no se agota en un solo acto específico. Las actividades que procuran placer en el ser humano son muy variadas: los modos de satisfacción, las partes del cuerpo involucradas y los objetos que despiertan la excitación son diversos, por lo tanto la sexualidad humana plantea cuestiones que van más allá de lo contemplado por la biología y de las cuales ésta no da cuenta.

Para teorizar sobre la sexualidad humana debemos tomar como eje a la satisfacción: son sexuales todas las acciones que tengan como finalidad la obtención de placer y, por tanto toda satisfacción es sexual.

A todo órgano y a cada parte del cuerpo le corresponde además de un papel funcional, una significación sexual, erógena, y cada uno de ellos puede ser perturbado en el cumplimiento de su función por esta significación erótica. Es así que el psicoanálisis amplía el concepto de sexualidad, el cual comprende también a los sentimientos derivados de la misma tales como el amor, amistad, altruismo, y demás. Pero también la subvierte, la trastoca. El psicoanálisis encuentra que la sexualidad es causa de síntomas, de sufrimiento, pero también revela algo más sorprendente aún: que todo síntoma conlleva una satisfacción sexual, introduciéndonos en la paradoja de que el sufrimiento aloje una satisfacción. Freud encuentra que la sexualidad no es sin conflicto, conflicto que enuncia bajo los términos de libido y represión.

Los análisis de pacientes neuróticos le permiten a Freud construir la vida sexual infantil. La *sexualidad infantil* no es un observable, siempre va a ser la construida a través de la escucha analítica, nunca se da en forma directa a la observación, aunque sea la de un chico. Que los niños tengan vida sexual era algo que escandalizaba a fines del siglo 19 y principios del 20, se suponía que los chicos eran inocentes y la sexualidad florecía recién en la pubertad. Pero es claro que el lactante chupetea no sólo para alimentarse, sino porque es una actividad placentera en sí misma. La sexualidad infantil la entiende el psicoanálisis como toda actividad encaminada a obtener placer. Satisfacciones que se obtienen en distintas zonas del cuerpo, que se procuran independientemente unas de otras, con o sin objeto exterior.

Esta concepción teórica de la sexualidad delimita el campo psicoanalítico, y sólo esta sexualidad es la que se relaciona con el sufrimiento del sujeto y también con sus producciones, sus ideales, etc. Si se hace un recorte médico biológico se simplifica el problema, pero el síntoma y todas estas cuestiones quedarán sin respuesta.

La sexualidad que Freud descubrió tiene que ver no sólo con esta falta de armonía en el sentido de que no hay concordancia con el objeto que pudiera brindar la satisfacción completa, sino también con una falta de armonía fundamental entre los dos sexos.

En el Edipo de Sófocles se consuman los dos crímenes condenados por toda sociedad: el parricidio y el incesto. Mientras que en toda comunidad de un modo u otro se condena el asesinato, aunque se lo permita en

ciertos casos -pena de muerte- el incesto es la prohibición que marca toda sexualidad humana. La prohibición del incesto es universal, rige y ha regido en todo grupo en la historia de la humanidad, porque más allá de cómo se la enuncie se refiere a que el hombre es el único ser que tiene su sexualidad reglada. La sexualidad humana es un efecto de la ley que marca el deseo.

No hay que entender al Complejo de Edipo como algo ubicado cronológicamente, no se trata de algo evolutivo, hay un nudo de relaciones del cual depende la castración.

Los tiempos del Edipo no son cronológicos sino lógicos: en términos de un primer tiempo como antecedente que implica un segundo tiempo como consecuente.

Cuando hablamos de madre y padre en el Edipo, estamos hablando de funciones que son ejercidas con cierta independencia del padre o madre concretos.

El concepto de falo hay que pensarlo siempre como falo-castración, uno supone al otro. El falo es un operador, es en realidad un término de intercambio. El falo es el nombre de esa falta radical en el ser humano de la que hablamos cuando hablamos de deseo, y la ilusión de que algo la completaría.

Primer tiempo del Edipo: una madre debe colocar a una cría humana en el lugar de hijo=falo, en el lugar de objeto de su deseo. Éste es el punto de encuentro del niño con el deseo de la madre ya que en tanto equivalente fálico queda ubicado como el objeto que compensa lo que le falta a la madre. Si ésta no lo coloca en el lugar de falo no habrá hijo, no hay nada que se pueda adjudicar a un instinto maternal. El lugar de hijo es el lugar desde el cual es imaginado y hablado aún antes de nacer. Todo sujeto humano se constituye y sobrevive gracias al deseo de otro.

La madre con sus cuidados es la que estimula y despierta las primeras sensaciones placenteras en el niño: la sexualidad humana no es algo que se derive de lo biológico, no nace con el chico sino que nace en él a partir de los cuidados maternos. La madre toma a su hijo como objeto amoroso, libidinal, y la sexualidad irrumpe bajo la forma del amamantamiento, la higiene, las caricias, etc. La madre despierta en el cuerpo del hijo la sexualidad infantil y si bien ésta no tiene un objeto predeterminado, se va a dar una primera elección de objeto, o sea que se orienta hacia una persona en la que desean conseguir sus fines: la satisfacción; esa persona es la madre.

La madre, no sólo le habla a su bebé, sino que el chico es hablado por su madre, ya que será ella quien frente a su llanto dirá qué le pasa. Frente a los cuidados maternos surge la pregunta de qué quiere mi madre amamantándome, limpiándome, jugando conmigo. Esta pregunta no es cualquiera, de ella depende la propia vida. Esta pregunta, en la neurosis recibe como respuesta: el falo, y el chico se ubica con su propio cuerpo como equivalente, como aquello que respondería a ese deseo materno. En el primer tiempo es fundamental que la madre haya producido la equivalencia simbólica niño=falo para que el chico pueda ubicarse como el falo que la completa. Madre es sinónimo de mujer fálica, y el chico corresponde en este primer tiempo con lo que llamamos narcisismo primitivo: se ofrece como objeto absoluto del deseo de la madre, como un apéndice materno que la completaría. Éste es un punto ideal imposible de realizar en la realidad, el sujeto no ocupa ese lugar aún cuando lo intente. Por otro lado este completamiento supuestamente paradisiaco es al mismo tiempo mortífero, es un punto de captura. El sujeto debe desgarrarse de esta ilusión de perfección

narcisística, de proponerse como lo que colmaría a la madre para que haya deseo, para que pueda darse una historia y deje de ser objeto para poder ser sujeto deseante.

Esta posición en la que se sostiene a un Otro no castrado, al que no le falta nada, es imposible porque el deseo es falta y no hay nada que la obture. La misma presencia y ausencia del cuerpo materno funcionan como representantes enigmáticos del deseo de la madre que siempre se abrirá más allá del hijo. La madre desea algo más allá del niño, por eso la castración, es castración de la madre, del Otro que ya no aparece como completo. La castración es la caída de la madre fálica, si la madre no tiene falo el chico no lo es ¿Hacia dónde se dirige el deseo materno? Hacia el padre como función, que aparece como portador de lo que la madre desea: el falo. El padre es introducido por la madre como el lugar al cual se dirige su deseo.

El *segundo tiempo* es el de la castración. La función paterna es la de ser agente de la castración. ¿Qué función juega el padre en el deseo materno? El padre como lugar a donde se dirige el deseo materno es el responsable de esa pérdida de goce. El padre aparece como el portador de aquello que la madre desea: el falo. La amenaza de castración recae sobre el pene y siempre es adjudicada al padre, amenaza de perder el órgano tanpreciado en el varón, envidia del pene en la mujer.

En la fase fálica el chico supone que todo tiene pene -*premisa universal del falo*- no se reconoce lo femenino, pero tampoco lo masculino porque hay un solo genital, hay primacía del falo como ordenador de la sexualidad. Esta insistencia en que todo tiene pene no se apoya en los datos perceptuales y es resistente a la evidencia de la falta que se reniega, por lo tanto no depende de lo visto -el chico percibe perfectamente las diferencias- sino que es una cuestión de estructura. Es una cuestión de derecho y no de hecho. El sujeto cree que debe haber, cuestión de lenguaje: en lo real nada falta. La premisa universal del falo desconoce aquello de lo cual ya hay un saber: la castración. A todo se le busca pene y al no encontrarlo algo tambalea, nuestro propio ser, es por eso que se reniega con distintos argumentos. Si esta premisa reniega de la falta entonces el falo siempre remite a ésta, no hay que pensarlo como un tiempo primero en el que habría falo y un segundo en que aparece la castración sino que el primer tiempo implica el segundo lógicamente. Por eso decimos que hay que entender el concepto de falo como falo-castración.

En la operación de la castración se relacionan varias cuestiones según Freud:

- 1) La percepción de la diferencia sexual anatómica cobra el significado de falta, es significada como castración que se reniega con distintos argumentos.
- 2) Ciertas cosas oídas o vistas -amenazas verbales por ejemplo- serán resignificadas como amenaza de castración, ésta es relativamente independiente de los datos de la realidad, por eso Freud la califica como una de las fantasías originarias y afirma que siempre es atribuida al padre. La herida narcisística que supone la castración se desplaza a representaciones de daño corporal, injurias a la integridad del cuerpo. Con la amenaza de castración el varón teme perder ese goce fálico, en la mujer aparece como envidia del pene: le atribuye al varón un lugar de falo que envidia.
- 3) La castración materna, la caída de la madre fálica en función del deseo de la madre, cuestión de estructura.

La castración se aplica sobre dos puntos simultáneos: caída de la madre fálica y tener o no tener el pene, en virtud de la prohibición del incesto, prohibición que reza: no te acostarás con tu madre, pero que también se dirige hacia la madre: no reintegrarás tu producto. Es una función de doble castración, de corte del goce incestuoso. La prohibición del incesto permite salir de la posición de ser el falo materno. La castración es una función de mediación, de corte que no sólo prohíbe sino prescribe una circulación más allá de la madre. Permite salir de la ligazón incestuosa para buscar un objeto fuera del grupo familiar.

Los caminos de la niña y del niño se bifurcan: la salida del varón es identificarse con el padre, y aquí entramos en el *tercer tiempo* del Edipo, esto permite la circulación del deseo. La prohibición del incesto enuncia también que el hijo puede ser como el padre, pero estándole vedada la madre. Si el padre tiene lo que la madre desea, siendo como él podrá tener a una mujer como su madre. La identificación abre camino a la virilidad y permite pasar de la madre a otras mujeres. Se renuncia a ser el falo de la madre y se tratará entonces de tener el falo. Se renuncia también a una satisfacción sexual a cambio de identificarse con un ideal masculino, se gana en ser un hombrecito. El Superyo es el resultado de estas identificaciones, el sujeto se identificará con rasgos, emblemas paternos que tendrán que ver con lo normativo, con los ideales de un sujeto. La función paterna limita ese goce incestuoso, excesivo, mortífero. Esta función siempre es fallida – también por razones de estructura- es por esto que no hay liquidación del Edipo: no podremos ser el falo, pero no podemos dejar de desear serlo. Podemos quedar atrapados en ese goce con cualquier protagonista o sufrir la herida narcisística de la caída de la ilusión de ser lo que completa al otro.

¿Qué ocurre en la niña? Lo que sorprende a Freud es que no encuentra lo que podríamos llamar complejo de Electra, no hay un paralelismo en el cual, por razones biológicas la niña se dirigiera naturalmente al otro sexo, o sea al padre, siempre el incesto es con la madre y el asesinato es del padre.

En la niña hay dos fases, en la primera -que llama masculina- se da una intensa vinculación con la madre y es similar a la del varón. Mientras que el varón abandona su objeto edípico ante la angustia de castración, por miedo a perder ese órgano tanpreciado, en la mujer la castración es *castración realizada*, ya que no existe ese motivo para renunciar al objeto materno. El complejo de castración introduce a la niña en la segunda fase que Freud llama femenina. Ésta, al sentirse privada de pene, se siente despojada de ese goce que supone en el varón y cae bajo la *envidia del pene*, aparece la hostilidad hacia la madre por haberla hecho fallada, no ser completa ni autosuficiente. Dado que la madre está castrada y el padre es portador del falo, esta decepción aparta a la nena de su madre y la mueve a dirigirse al padre quien puede darle el falo deseado. La niña sustituirá su deseo de tener un pene por el deseo de un hijo como si éste fuera una compensación por esa privación. Las sustituciones son posibles porque en el origen del sujeto hay una sustitución primera: una madre ha intercambiado el deseo de pene por el deseo de un hijo. La rivalidad con la madre también se da porque supone que el padre le da a la madre todo lo que ella espera recibir de él. El padre por vía de las ecuaciones simbólicas abastecería a la nena de lo que la madre la privó. Hay tres caminos posibles para la mujer:

1) Apartamiento de la sexualidad: la niña se siente ofendida en su amor propio por su falta de pene, la mujer queda desvalorizada para ella, e insatisfecha con sus genitales femeninos renuncia a su sexualidad.

2) Complejo de masculinidad: no renuncia a su deseo de pene y el padre, en lugar de ser objeto de una elección pasa a ser objeto de identificación.

3) La nena se coloca en actitud pasiva en relación al padre, esperando de él un sustituto simbólico, una promesa. El pasaje de la madre hacia el padre no es simplemente un cambio de objeto, hay un cambio de posición.

En conclusión vemos que la trama edípica sostiene toda la existencia de un sujeto organizando secuencias de fantasías en las que se trata de la cuestión del goce y de la privación del goce. El ser humano está constituido por el lenguaje, privado de goce por su captura en un mundo de lenguaje y el Edipo da cuenta de esta imposibilidad en términos de prohibición.

El Yo, tal como Freud lo presenta en su segunda tópica es una de las tres instancias que conforman el aparato psíquico, pero también es un concepto que aparece tempranamente en su obra y, a pesar de que su conceptualización va variando, hay ciertas características que podemos rastrear a lo largo de ella. El descubrimiento del Inconsciente tiene como consecuencia que el Yo que teoriza el psicoanálisis no sea el mismo de la teoría del conocimiento, del Derecho o de la concepción vulgar que le adjudica el dominio de lo que se dice.

Mientras que el sentido común le adjudica al Yo un papel de agente unificador, el psicoanálisis va a hablar de una síntesis que fracasa. No hay un Yo adaptado agente de funciones, sino un Yo que nace como un objeto, del mismo modo que los otros objetos. Para la filosofía los objetos son de conocimiento, para el psicoanálisis, de deseo de amor, y el Yo va a nacer como un objeto de amor.

Para explicar el origen y la constitución del Yo Freud va a tomar otro término prestado de la clasificación psiquiátrica de las perversiones: el narcisismo. Este se describe como el comportamiento según el cual una persona trata su propio cuerpo como se suele tratar el cuerpo de un objeto sexual. Esta clasificación psiquiátrica toma su nombre de la leyenda de Narciso de la mitología griega.

El Yo no es algo que está dado desde el origen, sino que nace como producto de una *identificación* con la imagen del propio cuerpo, es el precipitado, como la mezcla que se vacía y queda coagulada en el molde de la propia imagen. Imagen en la que nos reconocemos, que nos enamora y que va a constituir el prototipo de nuestros objetos de amor.

El Yo se constituye alienado en una imagen, ésta no remite a un otro específico, sino que se trata de un otro como silueta, se necesita simplemente la imagen de un otro, un perímetro que cierre una forma.

La imagen yoica nos fascina, nos enamora del mismo modo que a Narciso y aspira siempre a enamorar. El ubicarse como falo colmando el deseo materno es la posición narcisística. La madre, desde su propio narcisismo ubica al hijo como falo y libidiniza el cuerpo de su hijo que constituye el Yo. Esta imagen fascinante es la que cierra la herida de la castración. Pero el hijo nunca colmará esa herida, el narcisismo es una apariencia, en la que se oculta la sombra del falo.

El Yo es la *identificación*, se constituye como producto de ésta. La *identificación* es un mecanismo por el cual tomamos un rasgo, un atributo, una propiedad de otro y nos transformamos de acuerdo a ese modelo, a

la manera de distintos disfraces. Una vez constituido el Yo, se agregan identificaciones que pueden ser totalmente divergentes entre sí, que no constituyen un todo armonioso. La ilusión del Yo de mantener una síntesis, de organizar en un todo coherente estos atributos que conforman sus diferentes identificaciones, es un espejismo que disfraza esta imposibilidad.

El Yo es el primer objeto amoroso, reservorio de libido desde donde se dirige a los objetos.

El amor tiene que ver con la ilusión narcisista –primer tiempo del Edipo– de completar a otro y completarnos, es un modo de negar la castración, somos todo para el otro y el otro es todo para mí, entre los dos hacemos uno. Toda esta locura amorosa ocurre porque hemos puesto a nuestro objeto amado en el lugar del Ideal, y eso altera toda nuestra realidad. El amor es una tiranía en la que nos sometemos al amado anhelando lograr su amor, la obediencia y la sumisión son características inevitables.

Esto es similar a lo que ocurre con los padres idealizados de la infancia, los que se hacen cargo de la indefensión del chico, en ellos también se cree sin críticas y se los complace esperando como recompensa ser amados.

Para entender qué se juega en los *fenómenos de masa* Freud tomar dos masas artificiales: la iglesia y el ejército. Encuentra que cada miembro establece una doble ligazón: con el conductor y con el resto de los miembros. Esto queda claro en la iglesia católica, ya que reconociendo a Cristo como su líder, todos sus miembros lo aman, y se reconocen en el amor de Cristo: tienen la ilusión de ser amados por igual por él. En el ejército se juega idéntico mecanismo y tiene la ventaja de mostrarnos qué pasa cuando se pierde al conductor: la masa entra en pánico. En estos casos el pánico no está provocado por el peligro en sí, ya que es el mismo que cuando todavía estaba el general, pero el hecho de que haya muerto o haya huido trae como consecuencia que se rompan las ligaduras que cohesionaban a la masa.

En la masa se juega algo similar a lo que ocurre en el enamoramiento y en la hipnosis: los que forman parte de la masa han colocado un mismo objeto en el lugar del Ideal, en consecuencia toda masa es como la religiosa: unida por lazos de amor entre sus miembros.

El Ideal del Yo es una de las funciones del Superyo –las otras son auto-observación y conciencia moral– el Ideal es el resultado del Edipo: se renuncia al objeto materno (castración) y a cambio se logra una identificación a un ideal, se renuncia a una satisfacción (ser lo que completa al otro) pero el narcisismo herido se recupera a través de emblemas o signos sociales.

El Ideal tiene que ver con rasgos, emblemas, con valor social, remite a exigencias culturales, tiene que ver con una abstracción, con una clase lógica –el bien, la justicia, dignidad, honor– clase que da un ser –bueno, justo, digno. El Ideal tiene que ver con valores, proyectos con los que el Yo se identifica, reconoce como propios y lo representan. El Ideal como función tiene que ver con que hay significantes que valen como emblemas en el sentido de que funcionan constituyendo un conjunto de pertenencia.

Hay distintos tipos de identificaciones, unas van a constituir estos ideales y hay otras que vamos a llamar narcisísticas que se dan como consecuencia de compartir estos ideales. Podemos colocar en el lugar del Ideal a un club de fútbol, una bandera, un grupo de música, una teoría, etc. Esto nos agrupa en conjuntos o clases,

nos representa y hace que compartamos ciertos rasgos dentro de una comunidad identificatoria. Los que pertenecemos a esa comunidad identificatoria nos reconocemos como iguales en el ideal, eso significa que vamos a amarnos, pero también de algún modo vamos a odiar a los de afuera. Siempre se produce de algún tipo de hostilidad, porque al fundar un punto de referencia, también se funda la diferencia.

